

“Ahora es su turno”:
Líderes Hispanos Jóvenes y la Nueva Evangelización

Reverendísimo Monseñor José H. Gomez, Arzobispo de San Antonio

Presentación Principal
Primer Encuentro Nacional para jóvenes y jóvenes adultos hispanos

Universidad de Notre Dame
8 de Junio de 2006

Mis queridos amigos jóvenes, mis hermanos y hermanas en el Señor Jesucristo resucitado: ¡Qué bueno es estar aquí con ustedes!

Les doy la bienvenida a este importante Encuentro. Hemos venido a este encuentro con Jesucristo vivo, para reflexionar en el sentido de nuestras vidas y nuestro objetivo en la Iglesia.

Este encuentro es también un signo que estamos en una nueva etapa en nuestro viaje como pueblo y como Iglesia, al inicio de este nuevo milenio, más de 500 años desde que el evangelio fue predicado en las Américas.

En San Antonio, de donde soy, estamos celebrando el 275 aniversario de nuestra Catedral San Fernando, que es una de las primeras iglesias católicas en Norteamérica, establecida en 1731. Esto es un año antes que el primer presidente de los Estados Unidos naciera.

Nuestra diócesis fue fundada por misioneros de habla hispana, sacerdotes y familias. Incluso el nombre San Antonio, refleja los orígenes hispanos de nuestra ciudad. Si sólo miran a un mapa verán cuantos sitios, sobre todo en el Sudoeste, tienen nombres en español de santos, sacramentos, y artículos de nuestra de fe: Corpus Christi, Las Cruces, Los Ángeles, Sangre de Cristo Mountains.

Nuestra geografía nacional declara la rica historia y el legado cultural de la presencia hispana en América.

¡Mis amigos, ustedes son parte de esta larga herencia y tradición gloriosa! Esto es una tradición que supera fronteras del Norte y del Sur. Recientemente, visité Lima, Perú, para participar en las celebraciones por el 400 aniversario de la muerte de Santo Toribio de Mogrovejo, un gran evangelista y misionero y el segundo obispo de Lima. La historia de la Iglesia en América Latina también es la historia de ustedes.

Somos herederos de la fe y de los sacrificios de todos aquellos que predicaron por primera vez el evangelio en el Nuevo Mundo, las Américas, Norte y Sur. Estamos relacionados con estos primeros evangelistas por una cultura común y creencias compartidas, y por la Eucaristía. Y estamos llamados, ustedes y yo, a ser los evangelistas de la próxima generación, dando testimonio de la realidad y del poder de Cristo en una época en la cual nuestro país parece haberlo olvidado.

Esta es la razón por la cual estamos aquí –para hablar sobre el *futuro*, de ustedes y de su lugar en la Iglesia y en nuestro país. El tema de nuestro encuentro este fin de semana es, Tejiendo el Futuro Juntos—.

La esperanza cristiana para el futuro está siempre arraigada en el pasado. *Recordamos el pasado con gratitud* —Jesucristo ha muerto de una vez para siempre, para que todos podamos vivir por siempre para Dios. *Vivimos en el presente con entusiasmo* — porque Cristo ha resucitado y se ha quedado entre nosotros, en nuestros corazones, en nuestros tabernáculos, en el rostro de los pobres, hasta el final de los tiempos. *Miramos al futuro con confianza*— porque Cristo vendrá otra vez en gloria, para darnos la bienvenida a Su reino donde no habrá fin (*Juan Pablo II, Novo Millennio Ineunte, 1*).

Caminando con los Santos de Norte y Sudamérica

Cada momento, vivimos en la compañía de Jesús. Y vivimos también en la compañía de todos aquellos que han partido antes que nosotros marcados por el signo de fe. Esto es lo que significa la comunión de santos. San Pablo lo llamó la gran “nube de testigos” (Hb 12,1). De un modo especial, ustedes y yo estamos siempre en la compañía de los santos y los beatos de Norte y Sudamérica.

En su plan pastoral para la Iglesia americana en el nuevo milenio, el Papa Juan Pablo II nos impulsó a conocer a nuestros santos y beatos locales para aprender de sus vidas y palabras; para imitarlos e inspirarnos en ellos, para buscar su intercesión. (Juan Pablo II, *Ecclesia in América*, 15).

En este espíritu, me gustaría hablarles hoy sobre el Beato José Anacleto González Flores y sus ocho compañeros. Ellos están entre los más recientes beatos de la Iglesia, beatificados en Guadalajara, México en noviembre de 2005.

El Beato Anacleto y sus compañeros eran católicos comunes. Uno era sacerdote, los demás eran laicos. Unos, como el Beato Anacleto, eran ministros pastorales, enseñando la fe y ayudando a los pobres. Uno era mecánico de autos; otro era músico, y otro estudiante. Casi todos ellos estaban casados y algunos eran padres de familias grandes. Uno de ellos, el Beato José Sánchez del Río, fue asesinado sólo semanas antes de su 15º cumpleaños.

Estos jóvenes fueron mártires del siglo XX. Ellos estaban entre los miles que fueron torturados y asesinados por defender su fe en Jesucristo en el tiempo (los años 1920) en que el gobierno de México perseguía la Iglesia.

Deberíamos conocer sus historias porque su desafío diario es el desafío diario que todavía nosotros afrontamos —caminar con Jesús, seguir sus pasos, vivir su evangelio en una cultura que es hostil a la religión y a los valores cristianos.

No, nuestro país no tortura a nadie por rezar en público o por ir a misa. Pero nuestra cultura quiere también quitar la religión de nuestras vidas. Nuestra cultura nos dice que la fe religiosa es algo que debemos conservar para nosotros mismos, algo privado y personal. Supuestamente nuestra fe cristiana no debe tener nada que ver con la manera como trabajamos, como vivimos, como votamos o como tomamos decisiones.

Piensen en nuestros programas de televisión y películas. ¿Vemos alguna vez personajes que tienen alguna fe? ¿Alguien reza alguna vez o va a la iglesia? De hecho, cuando la religión es mencionada, está siendo por lo general criticada o se burlan de ella— como algo pasado de moda, o como algo que trata de quitarnos la diversión de la vida.

¿Cuándo nuestros políticos debaten cuestiones, mencionan el evangelio o los valores de alguna religión? Casi nunca. Si hablamos de Dios, somos acusados de tratar de imponer nuestra religión a otros. ¡Incluso ahora en época de Navidad, es ilegal en muchos sitios mostrar imágenes del niño Jesús!

Las amenazas que nuestros hermanos y hermanas afrontaron en México eran explícitas. Los peligros que nosotros afrontamos son más difíciles de ver. Pero vivimos en una cultura que funciona como si Dios no existiera, como si no hubiera ninguna verdad dada por Dios para dirigir nuestras vidas. Nuestra cultura nos anima a creer que Dios no hace ninguna diferencia, que nos puede ir muy bien sin El.

Ser Amigos de Jesucristo

Nuestro primer y más grande desafío, mis jóvenes amigos, es mantener la fe en esta cultura. Aquí, podemos aprender lecciones valiosas de los mártires mejicanos.

Ellos fueron capaces de conservar la fe y morir por su fe, porque ellos disfrutaron de una amistad personal con Jesucristo. Ellos fueron capaces de conservar la fe porque amaron a su Iglesia como el lugar donde todavía encontramos a Jesús en la tierra. Uno de los mártires, el Beato Luis Padilla Gómez, tenía un lema: “¡Dios conmigo y para mí!” (Ann Ball, Rostros de Santidad II, p. 32).

¡Debería ser nuestro lema, también, mis amigos! ¡Dios conmigo y para mí! Es verdad, Dios nunca nos deja solos en este mundo. Jesús no es una figura histórica muerta del pasado. San Pablo dijo: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb 13,8). Él está con nosotros aquí, ahora. Jesús quiere ser nuestro amigo, nuestro salvador.

¿Tienes una amistad buena con Jesucristo? ¡Pues deberías! ¿Pero cómo? Se conoce y se ama a Jesús tratando de vivir del modo que él lo hizo, guardando sus mandamientos, yendo a la Iglesia, encontrándose con El en la Eucaristía, en la Biblia y en la oración — tratando de crecer en el conocimiento de su enseñanza y su estilo de vida.

Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, ha dicho: “Construir la vida sobre Cristo, acogiendo con alegría la palabra y poniendo en práctica la doctrina: ¡he aquí, jóvenes del tercer milenio, cuál debe ser vuestro programa! Es urgente que surja una nueva generación de apóstoles enraizados en la palabra de Cristo, capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo y dispuestos a difundir el Evangelio por todas partes.” (Mensaje para la XXI Jornada Mundial de los Jóvenes, 22 de febrero de 2006).

Este mensaje lo vemos en las vidas de los nuevos mártires mejicanos. Ellos se vieron a si mismos como apóstoles en todo lo que hicieron. El Beato Salvador Huerta Gutiérrez entendió su ser esposo y padre como parte del llamado que Dios le hacia. Él sentía lo mismo acerca de su ser mecánico de autos. Cada día antes de ir a su tienda, él iba a misa y se ofrecía a si mismo — todos sus pensamientos, intenciones y acciones — para servir a su prójimo y dar gloria a Dios.

Cada uno de ustedes, también, está llamado a ser un apóstol — a seguir a Cristo, a extender su evangelio por todas partes. Cada uno de ustedes tiene una vocación, una misión en este mundo que Dios te ha dado a ti y a nadie más. Ahora mismo, puede ser que no sepas cual sea tu vocación particular. Pero deberías dirigirte a Dios en la oración, y escuchar su palabra en la Biblia. Pide la fe y el coraje para responder generosamente a lo que El te llama a hacer.

Líderes y Apóstoles de la Generación Futura

Dios te llama. Y si El te llama para ser sacerdote o mecánico de autos, profesor o madre, eres parte de la nueva generación de apóstoles — la futura generación de líderes en la comunidad hispana, en la Iglesia, y en nuestro país.

Ser líder significa, en primer lugar, aceptar a Jesucristo como regla de vida. Todos los mártires de México vivieron — y murieron — con estas palabras en sus labios: ¡Viva Cristo Rey! Para ser líderes verdaderos, Cristo vivo debe ser tu rey. Jesús debe ser el Señor que sigas y sirvas en todo lo que haces.

La autoridad y el poder no vienen del nivel social o del dinero. El verdadero liderazgo depende de la relación personal con Jesucristo. Jesús dijo a sus apóstoles que ser líder significa ser servidor. El líder verdadero no es egoísta, no se preocupa por la fama o el poder. El líder verdadero hace todo para servir a Dios y ayudar a nuestros prójimos, nuestros hermanos y hermanas (Mc 10,41-45).

Deben entrenarse para el liderazgo, para el servicio, mis amigos. Adquieran los conocimientos y las habilidades que necesitan para servir a nuestra gente. Permanezcan cerca de la Iglesia. Y hagan ese ejercicio diariamente, de modo que puedan aprender a escuchar la voz de Dios.

Dios hizo a Salomón rey de Israel cuando él era un hombre muy joven. Salomón tenía sólo un pedido a Dios. Él rezó: “Da a tu siervo un corazón sabio” (1 Reyes 3:9). Hagan de aquella también su oración, mis amigos. Díganle a Jesús que ustedes quieren ser sus siervos, que ustedes quieren un corazón que entienda lo que El quiere que hagan.

La educación, sobre todo la educación en la fe, es muy importante. Ustedes saben que en sus ciudades natales muchos jóvenes se están alejando de la fe y los valores de sus padres. Estoy seguro que conocen a jóvenes que no están interesados en la escuela, quiénes han dejado de ir a la Iglesia; estoy seguro que conocen algunos que han asumido todas las clases de actitudes y comportamientos malos, como las drogas y el alcohol.

Ustedes tienen que ser apóstoles de sus amigos. No los sermoneen. Guíenlos con su ejemplo. Tengan una buena amistad con Jesús ustedes también. Sean buenos hijos e hijas, buenos hermanos y hermanas, buenos prójimos y amigos. Así son los apóstoles. Así es como se conduce a otros a Jesús. Ellos verán su alegría, su amor, y querrán llegar a conocerlos. Ellos querrán saber qué les hace tan feliz, tan generosos. Y serán capaces de hablarles sobre Jesús.

La amistad es también muy importante para ser un apóstol. Formen buenas amistades en la fe. Este Encuentro es un lugar especial para hacer eso. Háganse amigos de gente que también quiere seguir a Jesús y hacer las cosas que Jesús quiere que hagamos. Diviértanse, ríanse, y jueguen juntos. ¡Dios nos hizo para ser alegres! Recen con sus amigos, también, lean la Biblia juntos. Animen a sus amigos a quedarse en la escuela, a asumir su fe y sus estudios con seriedad, a no satisfacerse con poco, a querer ser santos.

La defensa de la Familia y la Cultura de Vida

Para ser apóstoles, mis amigos, también tienen que creer en la familia. Recuerden, Jesús no bajó sólo del cielo y comenzó a enseñar. Él decidió nacer en el vientre de su Madre, María. Él eligió tener a un "padre" terrenal, José. Recuerden, la mayor parte del tiempo que Jesús estuvo en la tierra, hasta que tuvo aproximadamente 30 años, vivió como hijo, estudiando, trabajando, adorando, viviendo con su madre y su padre. Él entró en este mundo como cada uno de nosotros lo hizo. Él creció en una casa, tal como nosotros.

Dios nos estaba mostrando algo aquí — que la familia es crucial para su plan para el mundo, para su plan para tu vida, y para la mía. La familia ha sido creada para ser como una pequeña Iglesia, un lugar donde la fe nace y es alimentada, donde ayudamos el uno al otro a ir al cielo. La familia es el lugar donde se hacen los santos.

Pero nuestras familias están bajo ataque, hermanas y hermanos. De alguna forma, nuestra cultura amenaza a la familia así como amenaza a nuestra religión. La cultura nos dice que las familias realmente no importan, que no hay ninguna diferencia entre bebés o ancianos que viven o mueren; que no hay ninguna diferencia si los niños crecen con su madre y su padre. En vez de una cultura de vida, estamos construyendo una cultura de muerte.

En todas partes en nuestro país, el divorcio, el aborto y el control de la natalidad son legales. En algunos lugares, es legal ayudar a los enfermos a que le den término a su propia vida. Y en más y más lugares están tratando de hacernos creer que el matrimonio no es sólo entre un hombre y una mujer, que no es un sacramento, un signo de Dios.

Como apóstoles y líderes, nuestro trabajo es predicar la buena nueva del verdadero plan de Dios para la familia. El Beato Anacleto solía decir: “la familia es el verdadero unificador, enérgico y vigoroso, en el cual descansa todo el bien de la sociedad” (Ann Ball, Rostros de Santidad II, 21).

Cuando leemos las vidas de estos mártires mejicanos, vemos qué fuertes eran sus familias. Muchos vinieron de familias muy grandes, y cuando se casaron, tuvieron muchos hijos también. Sabían que la familia era la cosa más importante.

Y algo muy notable: Cuando murieron, sus familias no se separaron— sino que se fortalecieron. El Beato Salvador, el mecánico de autos, tenía 12 hijos. Su hermano, el beato José Luciano Ezequiel Huerta Gutiérrez, que también fue martirizado, tenía 10 hijos. Todos esos 22 niños — aunque sus padres se hayan muerto, aunque hayan sido criados solo por sus madres, crecieron para ser líderes en la sociedad. Se hicieron doctores, ingenieros, músicos, sacerdotes y monjas.

Se volvieron líderes por la gracia de Dios y por la entrega de sus madres. Ellas fueron mujeres fuertes y fieles; ellas mismas eran apóstoles devotas de Jesús. Después de que el Beato Anacleto fue asesinado, su esposa, María, trajo a los niños para decirle adiós. Ella les dijo: “este es su padre. Él ha muerto defendiendo la fe. Prométanme sobre su cuerpo que harán lo mismo cuando sean mayores si es que Dios se los pide” (Ann Ball, *Rostros de Santidad II*, 25–26).

Hermanas y hermanos, tenemos que defender la familia y la fe en esta cultura.

Recuerden siempre: ustedes no están llamados solamente a ser líderes hispanos. ¡Deben estar orgullosos de su herencia! ¡Profundicen en el sentido de su identidad hispana, las tradiciones y costumbres de nuestros antepasados! Pero ante todo ustedes son católicos. Y "católico" significa universal. Esto significa que no pueden definirse a si mismos – tampoco pueden dejar que la sociedad los defina – únicamente por su identidad étnica. Ustedes están llamados a ser líderes no sólo en la comunidad hispana, sino en cada área de nuestra cultura y sociedad.

La recuperación de la Cultura para Dios

Como líderes católicos y como hispanos, debemos recuperar esta cultura para Dios.

Tenemos que ayudar a nuestros hermanos y hermanas a ver que necesitan a Dios en sus vidas. ¿Ustedes se dan cuenta de como muchos adultos, hasta muchos adultos jóvenes, viven? Tienen vidas locas. Siempre dirigiéndose de una cita a otra, preocupándose de ganar más dinero, persiguiendo placeres egoístas y entretenimientos. Están tan ocupados que no tienen ningún tiempo para Dios en sus vidas; hacen sus proyectos sin El. Parecen no saber qué es lo que hace la vida realmente digna de ser vivida.

Cada uno trata de encontrar la felicidad y el amor. Pero muchos de ellos buscan en lugares incorrectos. Es nuestra responsabilidad ayudarles a que comiencen a buscar en el lugar correcto. Tenemos que ayudarles a ver que todo lo que buscan— verdad, felicidad, amor, y belleza — sólo puede ser encontrado en Jesús.

También tenemos que trabajar para hacer que nuestra sociedad sea cada vez más la sociedad que Dios ha querido.

Como todos ustedes saben, nuestro país está en medio de un debate histórico sobre la inmigración, un debate que ha levantado muchas pasiones, opiniones fuertes, y ha complicado cuestiones. Este debate, también, nos muestra una vez más que este país necesita una nueva evangelización.

Incluso muchos de nuestros hermanos y hermanas Católicos, ellos mismos hijos y nietos de inmigrantes, parecen haber olvidado la enseñanza de nuestro Señor — que cuando acogemos a un forastero, acogemos a Cristo mismo, y que cuando rechazamos al forastero, lo rechazamos a El. (Mt 25,35-43).

Como líderes y apóstoles, debemos anunciar la buena nueva de la enseñanza social de la Iglesia (Ecclesia en América, 44). Debemos

animar leyes y políticas que respeten la dignidad dada por Dios a cada persona; el derecho de cada uno de buscar una mejor vida para sí mismo y para su familia; el deber que tenemos todos de compartir nuestras bendiciones con los otros.

“Hoy es tu turno”

Hace más de tres siglos, nuestros antepasados de habla hispana evangelizaron este continente. Hoy nuestro Señor necesita a cada uno de ustedes para ser los nuevos evangelizadores de este continente.

Hablando a la comunidad Católica hispana en San Antonio en 1987, el Papa Juan Pablo II nos planteó a todos nosotros un desafío: “hoy es su turno para ser evangelizadores de los demás y de todos aquellos cuya fe es débil o que todavía no se han entregado al Señor. ¡NO sean ustedes menos celosos que sus antepasados en la evangelización y en el servicio cristiano!” (Dirigiéndose a la comunidad de habla hispana en la Plaza de Nuestra Señora de Guadalupe, San Antonio, 13 de septiembre de 1987).

¡Este es también mi desafío y mi oración por ustedes, jóvenes amigos!
¡Hoy es su turno! Sean valientes y con convicciones firmes — como el Beato Anacleto y los otros santos quiénes han dado su vida por Cristo. No permitan que nadie les diga que ustedes son demasiado jóvenes para dar su vida a Cristo, para ser sus discípulos.

Quiero dejarles hoy con la historia del más joven de nuestros nuevos mártires mejicanos, el beato José Sánchez del Río.

A sus 13 años, el beato José se afilió al movimiento de resistencia contra la represión del gobierno a la fe. Cuando fue capturado, lo torturaron, tratando de hacer que renunciara a su fe. Él se negó repetidas veces. Finalmente, le quitaron la piel de las plantas de sus pies, y lo hicieron andar al cementerio donde lo mataron a tiros.

Mientras estaba en la cárcel, el Beato José escribió una carta muy conmovedora a su madre, tratando de consolarla. “Morir por Dios me da alegría,” escribió él, “envío saludos a mis hermanos y les pido seguir siempre el deseo más pequeño de Dios” (Joan Cruz, Santos Jóvenes de los Tiempos Modernos, 118).

En Cristo, ustedes son todos los hermanos y hermanas del beato José Sánchez y el Beato Anacleto, parte de la comunión de santos en las Américas. Hoy es su turno— para ser santos, para ser los nuevos evangelizadores.

¡Que este Encuentro nos una más como amigos en Cristo e inspire en nosotros el anhelo de ser santos y el anhelo de siempre seguir el más pequeño deseo de Dios!

Santa María, Nuestra Señora de Guadalupe, Reina de las Américas, Brillante Estrella de la Nueva Evangelización, ruega por nosotros.